

AGENDA CIUDADANA

LAS VARIAS LUCHAS POR EL PODER

Lorenzo Meyer

La Tremenda Lucha.- "Nada de lo que ha sucedido este año en México es ajeno a la lucha tremenda por el poder. Lo que se ha estado dirimiendo es qué proyecto de Nación prevalecerá". El párrafo anterior es la tesis central de la famosa carta que desde algún lugar del planeta envió Carlos Salinas de Gortari a principios de mes. La idea central es correcta, la disputa por la nación existe, pero no es esa la única lid que se está dando en México sino que hay otra, más sórdida -la que realmente afecta al ex presidente- y que es la lucha por el botín antes de que se termine de hundir el viejo barco del sistema de partido de Estado.

Hoy, la contienda por el poder es particularmente compleja, pues se libra, al menos, en dos frentes relacionados pero distintos. Por un lado, está aquella que tiene lugar entre el gobierno y su partido y las fuerzas de la oposición: el PAN, el PRD o el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, por mencionar las más representativas. Por el otro, la lucha dentro de los "laberintos del poder", para usar el término de Peter Smith, y cuyas consecuencias pueden ser negativas para el bienestar general. Esta última es la que le costó la vida a Luis Donaldo Colosio y a Francisco Ruiz Massieu, la que marginó a sus respectivos seguidores, la que llevó a chocar abiertamente al secretario de Gobernación, Emilio Chuayffet, con Manuel Camacho o la que enfrentó al presidente Ernesto Zedillo con el ex

presidente Carlos Salinas y que le ha costado a Raúl Salinas su libertad y parte de su muy cuantiosa fortuna.

Esta última clase de disputa política no es nueva ni necesariamente es contraria al interés general. Con un poco de suerte, esa pugna entre los que mandan, bien pudiera terminar por ser una ayuda en el intento de la oposición y de otros sectores de la sociedad por abrir las puertas de México a los aires de la modernidad política, a la democracia. Ahora bien, hay que impedir que la guerra interna desborde a las instituciones y lleve a la descomposición del sistema antes de que estén listas y en su sitio las fuerzas e instituciones de replazo.

Lo Inevitable del Conflicto.- En principio, la contienda por el poder es inevitable en cualquier tiempo y sociedad, es algo que ha estado presente desde el surgimiento de la organización humana, y realmente es muy difícil encontrar sostén al optimismo de Marx, quién consideró que al llegar el proceso de desarrollo histórico a la superación de la división social en clases, el Estado y la política misma desaparecerían, y por tanto, también la disputa misma por el poder.

El poder por el cual se pugna no es otra cosa que la capacidad de una persona, grupo, institución o nación, de imponer su voluntad -sus prioridades e intereses- sobre otro u otros. El poder, por tanto, es algo que existe lo mismo en la tribu que en la comunidad internacional, en la familia que en la escuela o la iglesia y, desde luego, en el sistema político. Este último, el poder político, es la capacidad de unos -generalmente los pocos- para imponer su voluntad sobre otros -los muchos- usando eso que

es la esencia del Estado moderno: la coerción, la violencia considerada legítima. El hecho en si es inevitable y lo único que se puede hacer es intentar ponerle límites a su potencial destructivo y darle un cause constructivo, institucional.

Nunca, en ninguna parte ni época, ha habido política sin conflicto por el poder, aunque sus formas han variado mucho entre épocas y sociedades. Lo que está sucediendo hoy en México es, entre otras cosas, que la pugna por el poder esta cambiando de forma. En efecto, en la actualidad ese conflicto se está manifestando de manera más clara y abierta que en el pasado.

La Falsa Armonía.- Los sistemas políticos con alta concentración del poder -totalitarios, autoritarios o simplemente dictatoriales- siempre han buscado dar la apariencia de unanimidad, de tal manera que parezca que el sistema se mueve como máquina bien aceiteada, que no hay oposición pues el interés general esta bien representado y servido por el gobierno y por propia voluntad todos marchan al compás del mismo tambor. Esa fue justamente una de las características del México presidencialista. En realidad, nunca hubo tal armonía, lo que sucedía era que la oposición había sido reducida a la impotencia y la lucha verdadera se daba básicamente dentro del cerrado círculo del poder. Ahí, al interior de la clase política, el conflicto se libraba en la obscuridad, atemperado por el enorme poder presidencial y procurando que el público no se enterara ni, menos aún, se inmiscuyera.

La diferencia entre hoy y ese pasado "clásico" de nuestro autoritarismo no es, pues, que hoy existan estas pugnas y antes

no, sino que la capacidad del presidente para imponer su voluntad ha disminuido y mucho. Por un lado, mal que bien ya hay partidos de oposición y estos han logrado arrancar la mitad del electorado al partido de Estado. Ahora y cada vez más, la legitimidad presidencial depende de la existencia de elecciones competidas y resultados creíbles. Por otro lado, dentro del círculo del poder, la capacidad de control del presidente sobre los suyos también ha disminuido y dramáticamente. Hoy, por ejemplo, Manuel Camacho, un priísta importante, se rebela frente al presidente y organiza a los suyos; los colosistas no son rebeldes abiertos pero se mueven por su cuenta dentro del PRI y presionan a un procurador panista para que de cuentas sobre la investigación del asesinato de su líder; el ex presidente Salinas en vez de guardar el tradicional silencio de los que ya fueron, habla y se defiende del esfuerzo del actual presidencial por echarle a él la culpa del desastre económico; igualmente, Salinas se lanza contra otro ex presidente, Luis Echeverría, y le culpa de desatar una campaña en su contra; varios diputados del partido de Estado piden firmas a sus colegas y exigen que Carlos y Raúl Salinas sean expulsados del PRI; los gobernadores tradicionalistas duros -Bartlett, Madrazo, Figueroa, Cervera- toman distancia respecto del presidente y su secretario de Gobernación; la gente de Fernando Gutierrez Barrios se mueve abiertamente para crear su propia organización, etcétera.

En principio, es positivo que la lucha dentro de la cúpula gobernante salga de los oscuros corredores de palacio y se manifieste a plena luz del día. El conflicto interélite no

debería alarmarnos mucho, pues la unanimidad de la clase política en el pasado era artificial, antinatural y no permitía que la opinión pública se enterara y se manifestara en torno a los temas e intereses que dividían a los que mandan. Lo que se debe exigir a los involucrados no es que su contienda concluya -es imposible y muy su derecho- sino que sus diferencias se expresen sin violencia y por los canales legales.

Las Dos Luchas.- La idea que Carlos Salinas quiere venderle a su público -tanto a los empresarios mexicanos como al *Dow Jones*, a Ernesto Zedillo como a la Iglesia, al PAN como a sus "paisanos" de Nuevo León, a la clase media que le creyó en el pasado como a los pobres que le aplaudieron en los mítines de Solidaridad- es que los ataques en su contra que hoy inundan los medios de comunicación mexicanos, son producto de una especie de lid cósmica entre los que buscan volver a un pasado del que Luis Echeverría es representante y los que, como él, como Carlos Salinas, supuestamente batallaron sin descanso por lograr un México moderno y justo, con predominio de la lógica del mercado, la competencia y la productividad, con una estrecha relación con Estados Unidos y democracia. En una palabra, la carta de Carlos Salinas desde lo desconocido, busca, creo que sin éxito, hacer creer que en México se desarrolla una rivalidad histórica entre el bien y el mal, y que él, Carlos Salinas, representa al bien y quienes lo atacan, al mal.

La descripción y explicación maniquea sobre lo que sucede en México contenida en la epístola de Salinas, no corresponde a la realidad. En primer lugar, es claro para prácticamente todos los

actores políticos, incluida la izquierda, que no es posible ni conveniente volver al pasado, a ese pasado inviable de economía protegida pero incapaz de generar por la vía de las exportaciones las divisas necesarias para hacer frente a sus demandas de importaciones. Pocos son los que quieren retornar al presidencialismo sin límites, al sistema de partido de Estado y elecciones sin competencia, al corporativismo corrupto, al control de los medios de comunicación, al populismo que concentraba el ingreso mientras lanzaba discursos sobre justicia social, al de empresas estatales ineficientes y un sector privado incapaz de competir con sus iguales pero muy adicto a la "relación especial" con burócratas corruptos acostumbrados al uso patrimonial de los recursos y privilegios estatales.

En fin, esa, la que sugiere Carlos Salinas en su carta, no es la agenda de los críticos de los excesos del neoliberalismo real que él encabezó. Los críticos de Salinas si quieren la competencia del mercado, aunque no al punto de dejar sin protección a los que aún no pueden competir: al campo, al pequeño industrial, al indígena, al marginado. Los que se opusieron a Salinas durante el apogeo del salinismo sí quieren atraer inversión externa pero la productiva, no la especulativa; sí aceptan la idea de privatizar, pero no a rajatabla y menos para que los monopolios públicos se transformen en monopolios privados en beneficio de un grupo de privilegiados, etcétera. En fin, Carlos Salinas está luchando, por lo que a sus críticos abiertos y sistemáticos se refiere, contra lo que no existe, contra hombres de paja, y él lo sabe.

Pero como ya se señaló, hay otra contienda por el poder, una más propia de mafias que de corrientes políticas. Se trata de la pugna entre Salinas y el presidente Zedillo, entre Salinas y aquellos a los que el desplazó, entre Zedillo y los viejos capos. Esta guerra tiene lugar dentro de los círculos gubernamentales y envuelve a grupos tales como echeverristas, hankistas, gutierrezbarristas, etcétera. Esta no es realmente una disputa por la nación, sino por los despojos o, más exactamente, por la defensa de lo acumulado por la vía de la corrupción y por la preservación de la impunidad y los privilegios económicos que el ejercicio autoritario del poder ha dado a la llamada "familia revolucionaria". Esta es la rivalidad en cuya historia se acumulan nombres como el de Gonzalo N. Santos junto al el de Manuel Muñoz Rocha, el de Maximino Avila Camacho al lado de Raúl Salinas, el de Aarón Sáenz y el de Carlos Hank González, el de Jorge Pasquel y el de Cabal Peniche, de Luis Napoleón Morones y Fidel Velázquez y, desde luego, el de Miguel Alemán junto al de Carlos Salinas.

En conclusión.- Como afirmó el ex presidente Salinas, sí hay una tremenda contienda por el poder en México; una que debe ser bienvenida, pues es legítima, abierta y entre fuerzas con proyectos distintos de nación. Pero hay otra, la que se lleva a cabo dentro del círculo autoritario del poder y que ya ha escapado al control presidencial; esta es una disputa de los intereses creados por los despojos y hay que vigilarla, pues su potencial para dañar el interés general es grande.